

LITURGIA POPULAR Y LITURGIA OFICIAL

Luis Resines Llorente

Estudio Teológico Agustiniano, Valladolid

Antes de centrar la reflexión en los actos peculiares de Semana Santa, es preciso examinar la relación entre estos dos mundos, lo popular y lo oficial. En ocasiones son complementarios, mientras otras veces están manifiestamente enfrentados. Se trata de una relación que podría definirse con la ambivalencia amor-odio, difícil de explicar, y que es preciso aplicar para cada actuación particular, o, más aún, para cada localidad.

Por definición, la liturgia ha de ser popular, es decir, dirigida al pueblo que la celebra. Cuando la liturgia cristiana estaba aún por organizar, las referencias del Nuevo Testamento aluden a unas celebraciones que tienen mucho de espontáneo. Poco a poco comienza una estructuración, consecuencia de repetir lo que ha sido recibido (I Co. II, 23). Aún no hay lugar a dualidad alguna entre oficial y popular. Pero comienza a funcionar el mecanismo de todo rito, como repetición inalterable.

La persistencia de formas y estilos de celebración, de verdaderas tradiciones locales, darán lugar a las formas fijas, así como a los ritos más antiguos y consolidados; lentos cambios y modificaciones, dan paso a una liturgia típica, que exige mantener unas normas que rechazan formas no típicas.

Cuando las normas surgen, obedecen a un sentido funcional: responden a una realidad viva. El riesgo de anquilosamiento es claro si subsiste la norma, mientras la realidad a la que daba respuesta ha cambiado. Un ejemplo claro son las preguntas que se dirigen al adulto que se dispone a recibir el bautismo, que pierden sentido al dirigir las al niño de pocos días. La norma, el gesto, el símbolo,... dejan de ser vivos, y, si se mantienen, dejan de ser significativos. Otro ejemplo es que se mantiene la lengua litúrgica, mientras la lengua popular ha cambiado, y el pueblo no entiende aquélla.

La respuesta popular es la de buscar otras vías de actuación, de expresión, otros gestos que resulten expre-

sivos, que digan algo, aunque no sea lo mismo que trata de llevar a cabo la liturgia oficial, fiel y fijada por las normas. Las diferencias pueden ser mínimas, imperceptibles en algunos casos; en otras ocasiones resultan notables, y hacen que la separación entre lo popular y lo oficial resulte abismal.

La liturgia cristiana se estructuró desde muy pronto en torno al núcleo de la muerte y resurrección de Jesús (I Co. II, 26), y el polo de pasión y pascua es el más antiguo del ciclo litúrgico anual; posteriormente, con una sociedad masivamente cristiana, se añadió el polo de la navidad, como el otro eje cíclico, presentes hoy. De ahí que la celebración de la pasión y resurrección sea el más cargado de historia, en torno al cual orbitan, como planetas, un número muy elevado de prácticas litúrgicas no oficiales. Las representaciones de la Pasión son los vehículos más comunes de expresión popular. Ambas expresiones populares, pasión y resurrección, no siempre han estado enfrentadas a la liturgia, y lo que se llevaba a cabo en el interior del templo era una mezcla de lo popular y lo oficial, que resultaba significativa. Aún nos queda una muestra clara: la pasión distribuida entre tres lectores no responde a un deseo de aliviar el cansancio de un lector único, ni a evitar la monotonía: es la prueba clara de la escenificación llevada a cabo por clérigos en tiempos en que la lengua latina comenzaba a ser poco entendida. Este vestigio actual no es más que una huella de una más amplia representación celebrativa.

Es obligado ceñir el tema a la Semana Santa, y examinar las relaciones entre dos formas, oficial y popular, de percibir y expresar una sensibilidad hacia la pasión de Jesús.

Las características más señaladas de la liturgia popular caminan en paralelo con las de la liturgia oficial, y aunque hay acentos que se repiten, hay otros en los que se aprecian notorias divergencias. Éstas son las características de la manifestación popular:

1. Resulta inteligible. Porque cuando se utiliza la expresión oral, ésta es la lengua materna; en consecuencia no existen, en principio problemas para entender lo que se dice, expresa o canta. No es posible silenciar que, en ocasiones, algunos de los cánticos, que se estiman anónimos, o cuyo origen no es fácil rastrear, han salido de manos de poetas de renombre: Lope de Vega, José de Valdivieso, Juan López de Úbeda. Cuando el pueblo los repite, acaso no percibe algún matiz. Expresiones como *inicuo*, *ave* (por traidor), *falaz*, *ultrajar*, *exánime*, *trémula*, *yertos*, *escarnecido*, *enojado*, *pérfido* no surgen así como así. Ahora bien, mantenidas o deformadas, hay que seguir afirmando que las formas orales son percibidas por el pueblo.
 2. Tiene su propio rito y fijeza, mantenido por la tradición de las gentes del pueblo. Se mantienen inalterables un recorrido procesional, la hora de su realización, la costumbre de iluminar con faroles cuando era acto nocturno (aunque haya dejado de serlo), el lugar del pueblo en que se lleva a cabo una u otra escena, comienzo o final, los cantos o rezos que se emplean. Éstos se repiten, se copian a mano (ahora los nietos lo pasan a ordenador, o fotocopian lo que sus abuelos han retenido).
 3. Los gestos o los ritos utilizados son más bien concretos, directos, sencillos. Estos gestos, como el encuentro de Cristo con su Madre camino del calvario, o el encuentro tras la resurrección no aparecen en la liturgia oficial, pues son supuestos y no existe constancia alguna de ellos. Pero el pueblo los percibe, porque apelan a una sensibilidad directa, emotiva, primaria. El “desenclavamiento” es seguido por la gente sencilla de forma natural e intuitiva.
 4. Las manifestaciones populares tienen en origen remoto, muy difícil de seguir. Es lo que se “ha hecho toda la vida”, y pasa de generación a generación. La fijeza del rito está marcada por la tradición de una comunidad, una villa, que no se puede datar. Algunas huellas hablan de una constancia de siglos; otras veces las huellas hablan de la influencia de una orden religiosa; otras ocasiones es factible sospechar un mimetismo que pasa de unos pueblos a otros de la misma comarca, sin más pistas.
 5. No siempre tiene cabida o expresión en el templo. Quizá porque el templo, con su seriedad litúrgica no permitía otras manifestaciones. O porque se buscaba un espacio en que se pudiera desplazar toda una comunidad y realizar movimientos no usuales en el templo. Valga como ejemplo la “bajada del ángel”, de Peñafiel, a quitar el velo de luto a María el domingo de Pascua (aunque hay otra manifestación, similar, como es el “misteri” de Elche, ubicada en el templo).
 6. No requiere por sí misma la presencia del sacerdote, aunque no esté excluida. Algunas formas la han aceptado siempre, como el viacrucis, aunque cualquiera puede dirigirlo y organizarlo. Otras formas sí reclaman su presencia, como el “desenclavamiento” a medida que el predicador lo va indicando. Pero en otras ocasiones, casi está desaconsejada, como las crucifixiones de la Pampanganga, en Filipinas, no aprobadas por autoridad eclesiástica alguna.
 7. La mayor parte de las veces requiere una cierta organización (estructura, convocatoria, distribución de tareas, momento de las paradas o marchas,...). Alguien se ha encargado: los miembros de una misma familia, que lo tienen como timbre de orgullo. También funcionan las cofradías, cuyos cargos representativos asumen la función. Como no se trata de un ministerio especial, por principio, cualquiera puede realizarlo.
 8. La realización de estas prácticas populares sigue un paralelismo entre la liturgia oficial, y las celebraciones para tales días. Pero la valoración popular no siempre estima con idéntica importancia uno y otro acto. La celebración oficial es cosa de la iglesia, en tanto que la manifestación popular es tarea de los participantes. El paralelismo es tangencial, y sólo algunas veces las dos manifestaciones han llegado a entenderse y a integrarse.
- A diferencia de estas características, la liturgia oficial está dotada de las notas contrarias, en mayor o menor medida. Cuando se ha producido una aproximación o integración, no se puede percibir una oposición nítida, pero con frecuencia liturgia oficial y popular constituyen las dos caras de una misma realidad, pues, en definitiva, los que participan de una u otra son las mismas personas.
- Por su parte, la liturgia oficial tiene otros rasgos distintivos:
1. Es como la otra cara de la expresión popular, si bien, como ya ha aparecido, no siempre en abierta contradicción.
 2. Da menos cabida al sentimiento, bien porque las expresiones empleadas no son espontáneas (aunque lo fueran en su día); bien porque el desarrollo de la celebración invita a la interiorización.
 3. Busca en el participante un compromiso estable, duradero. Muy al contrario, la expresión popular pretende una relación sentida, honda, pero momentánea. Pasa la ocasión y cesa el sentimiento. En el primer caso se implica una fe que afecta a la persona íntegra; en el segundo caso se vive el momento con intensidad, pero sin continuidad.
 4. Exige unas mínimas condiciones de participación: en ciertos aspectos estar sin pecado, estar



Izquierda: Balcón con ramo bendecido. Fotografía: Luis Resines, 2008.
Derecha: Contenedor con ramos. Fotografía: José Luis Alonso Ponga, 2007

en sintonía de fe, permanencia y estabilidad mantenidas...

5. En ella todo resulta más objetivo (frente al subjetivismo de la liturgia popular), más solemne y más hierático, aun con el mejor estilo de cercanía y adaptación.

Por llevar un orden en la exposición, es más sencillo seguir el orden cronológico de la propia semana santa, día a día, para examinar las manifestaciones en paralelo.

DOMINGO DE RAMOS

La liturgia oficial está marcada por la bendición y procesión de los Ramos. Y por la lectura posterior de la Pasión en el transcurso de la misa, como pórtico de la semana santa.

La manifestación festiva de la bendición de ramos y la procesión ha tenido siempre un eco de preferencia infantil, como consecuencia no del texto evangélico (que sólo habla de “gente”, “discípulos”), sino de la antífona latina “Pueri hebreorum”, y de la candidez infantil en el cortejo festivo de una procesión anual. Además, la recién estrenada primavera permite el lucimiento familiar, que se adobaba con un cierto pavoneo reflejado en la frase “Domingo de Ramos, el que no estrena, no tiene manos”; había que estrenar algo, aunque fuesen unos calcetines.

Para algunos, el ramo constituye una especie de fetiche o instrumento mágico, al que se atribuía un poder de proteger la casa de asechanzas externas. Se coloca(ba) en el balcón hasta el año siguiente, para que los causantes de males se alejaran a su vista. Especialmente para personas que acuden ocasional o muy raramente a la iglesia, este carácter está tan acentuado que llegan a “robar” el ramo de la iglesia, antes incluso de que esté bendecido, y sin asistir a la procesión. El propio ramo es capaz de producir efecto por sí mismo. En el extremo contrario hay que situar a quienes se llevan uno (o

varios) ramos de laurel, pensando en su utilización en la cocina. Piensan que las comidas resultan más provechosas con ramos bendecidos, ¡y, además, lo dicen!

El tono festivo, bullicioso e infantil de los ramos y su empleo, no se ve demasiado empañado por la lectura dramática de la Pasión. Parece como si las personas se concedieran una tregua hasta el viernes santo, y la lectura no tiene mayor efecto. No está precisado en la mentalidad de muchos si el pistoletazo de salida lo marca una u otra ceremonia. En cualquier caso, inaugura una semana que rompe el ritmo habitual con las solemnidades de los últimos días, y el domingo es el aviso de que todo ha de estar preparado para lo que se avecina. Los días siguientes, con su ritmo normal de trabajo, no tienen tanta incidencia, aunque den lugar a actos vespertinos preparatorios. En ocasiones son anticipos de la celebración de los días importantes, para despejar en cierto modo el horario de esos días sobrecargados de actos.

JUEVES SANTO

La liturgia oficial señala para este día la realización de la misa crismal, matutina, a la que según costumbres típicas de diversos lugares, asistían sólo el clero, o también los fieles. Para muchos de éstos, sin demasiadas explicaciones se trataba de un acto solemne más, mientras que para muchos sacerdotes era la ocasión de hacerse con el repuesto de nuevos óleos, empleados en la celebración de la vigilia pascual siguiente. La celebración de la misa memorial de la Cena del Señor, antes se llevaba a cabo por la mañana (“ante meridiem”), razón por la cual en la misa crismal sólo estaba presente el clero de la ciudad, pero no el rural. La recuperación del horario vespertino y los medios de transporte permiten en la actualidad otra participación en la misa crismal.

En algunas localidades zamoranas, los labradores sembraban de mañana nueve surcos, exactamente, como augurio u garantía de buenas cosechas¹.

¹ Rodríguez, 42.

La celebración vespertina consiste en una eucaristía con la solemnidad de revivir la inauguración del rito por parte de Jesús. El pueblo cristiano siempre ha sentido un especial afecto a esta celebración, manifestado con su presencia. Además, dos notas destacadas de la misma son la propia solemnidad, y su prolongación en la adoración eucarística, con presencia prolongada y oraciones.

Los días previos al jueves santo son días de ajetreo y limpieza en el templo, para que todo esté preparado, reluciente, y a punto, particularmente el “monumento” que, en ocasiones deja en la penumbra al propio altar por su aparatosidad: “Tres jueves hay en el año que relumbran más que el sol, Jueves Santo, Corpus Christi y el día de la Ascensión”. El Jueves santo se produce, al gloria, el toque arrebatado de campanas, que permanecerán silenciosas hasta la vigilia pascual. Esto es ocasión para un gozo inusual de la chiquillería, antes del obligado silencio. Además de esquilas y campanas de mano, el volteo de campanas constituye todo un hito de alegría explosiva. Al término de ese arrebatado festivo, la sordina popular y oficial era la respuesta quejumbrosa ante la Pasión. Desde ese momento sólo se permitía el sonido amortiguado, mortecino, y no habitual de carracas y matracas².

A continuación de la misa, el traslado de la eucaristía al monumento reforzaba la solemnidad. El empleo del palio, portado habitualmente por hombres (por autoridades, o miembros de cofradía) realizaba la procesión. Desde el siglo XVIII era frecuente en Castilla depositar ante el Santísimo los bastones de mando de las autoridades (alcalde, juez); la costumbre aún pervive en alguna localidad segoviana, y se ha extendido a América. La presencia manente de Cristo era objeto de adoración, rezos, horas de guardia, presencia de velas para alumbrar el santísimo; éstas, aportadas por los fieles para la suntuosidad del monumento, eran señaladas para su posterior identificación, y llevadas a la vivienda, como objetos protectores contra rayos y relámpagos. En Navarra era costumbre hacer con gotas de esta cera (o de la del oficio de tinieblas) una cruz en la boina o chaleco masculino, y en los vestidos y corsés de las mujeres, como signo protector. Tampoco ha sido raro reservarlas para cuando tenía lugar la agonía de algún familiar. La distribución de turnos de guardia y oración ha seguido criterios bien diversos, casi siempre tradicionales, por miembros de cofradía, por calles, o por familias, o por edades, según costumbre.

Con frecuencia, si bien se trata de una práctica reciente, ha adquirido carta de naturaleza la “hora

santa”, momento de convocatoria comunitaria para llevar a cabo una oración, lectura o meditación dirigida, en castellano, complementaria de la celebración, y que tiene por objetivo contemplar la detención de Jesús, sus horas de juicio o burla, la noche en prisión hasta el desenlace la mañana siguiente. En días llamados “santos”, no extraña que a una hora determinada, para una convocatoria de oración de la comunidad, se la denomine también hora “santa”. En cambio, una arraigada costumbre popular, hoy en decadencia, consistía en visitar siete iglesias, con sus respectivos monumentos. Tal costumbre era ocasión para dar un paseo con motivo piadoso, que llenaba holgadamente buena parte de la tarde del Jueves; permitía encontrarse con amistades, comparar la belleza o esplendor de una u otra iglesia, un entrar y salir del templo que en cierto modo rompía el silencio sacral mágico, impuesto por el final de la celebración eucarística. Donde no había más que una iglesia, la costumbre derivó en salir y entrar en siete ocasiones, seguidas o distanciadas. Ya a finales del siglo XIV está documentada esa costumbre, que Hernando de Talavera reprueba en cierto modo, al aconsejar un rato continuado de oración en un solo templo, “lo qual sería mucho mejor que cada uno hiciese en la yglesia de su parrochia o en algún devoto monasterio, que andar todo aquel tiempo a visitar los otros monumentos”. Recientemente la costumbre ha adoptado otra modalidad, cual es la de acudir a alguna iglesia, de paso, sin detenerse a rezar, para fotografiar con el teléfono móvil uno y otro monumento y poder compararlos en otro ambiente y momento. Es evidente que esto último constituye una aberración popular, con pérdida del sentido religioso que tuvo y tiene.

Con anterioridad a la reforma litúrgica reciente, el mandato o lavatorio de los pies, siguiendo la enseñanza de Jesús, se llevaba a cabo fuera de la misa, después de haber retirado los manteles del altar, como señal de luto, con una cierta continuidad, pero también se podía hacer en otro momento posterior. La percepción popular era más inclinada a este rito, que, aunque acompañado de cantos latinos, tenían una expresión gestual y visual. Estaba prescrita una cierta solemnidad, la repetición del evangelio de la misa, y una oración final, además de los cantos. En algunos lugares eran señalados para la ceremonia a pobres, o personas seleccionadas, o espontáneos. En Silos, la tradición manda que los designados, varones, acudan con capas castellanas. Las clases acomodadas hacían su particular lectura, como ocasión de ejercer la imitación de Cristo³. Cuando se ha integrado

² Alonso, *La campana...*, 77.

³ “En España, el Rey y la Reyna, cada uno en su quarto, practican la ceremonia de lavar los pies y servir la comida por sus propias manos a doce pobres, con toda la devoción, magnificencia y liberali-

dad que puede imaginarse. Esta piadosa costumbre viene desde el Señor Rey San Fernando” (Castellot, 130). Era ocasión para beneficiar con ropa y comida a varios necesitados, lo que incrementaba la fama de generosidad de personas de la nobleza o del alto clero.

en la celebración eucarística, con buen sentido, la tradición popular se ha amalgamado con la liturgia oficial, haciendo de dos ceremonias una sola celebración. La presencia destacada de algunas personas subraya una celebración especial.

Otra manifestación de la liturgia oficial, pero dotada de hondo calado popular, hoy desaparecida, era el oficio de tinieblas. Consistía en las horas canónicas que se recitaban hacia el atardecer de jueves, viernes y sábado santos; en algunos pueblos este oficio de tinieblas se adelantaba a los días anteriores de la semana, según costumbres locales, además de distribuir los actos para que no coincidieran todos en los mismos días. Se disponía un candelabro en el presbiterio, de forma triangular con quince velas; al término de cada salmo se iban apagando de una en una, desde los lados hacia el centro y la última vela, llamada “María” era tapada (no apagada); en ese momento se producía en la iglesia toda clase de ruidos para recordar las tinieblas y terremoto seguido a la muerte de Cristo. Ese ruido duraba hasta que se destapaba de nuevo dicha vela⁴. La algarabía en el templo a oscuras era una ocasión aprovechada para el jolgorio y la burla. Es un ejemplo de conjunción de lo popular con lo oficial, hasta el punto de que en ocasiones era el momento más recordado de las celebraciones.

Una forma triste de acompañar la Pasión, es que, tras la celebración del Jueves Santo, quizá animados por una predicación sesgada, y con el recuerdo vivo de que fueron el pueblo deicida, los leoneses mantienen la costumbre –hoy sólo folklórica– de ir en pandilla a tomar vasos de limonada que se apuran al lema de “¡Vamos a matar judíos!” Es vestigio de antiguos pogromos y hostilidades no ficticias que, con ese motivo, se llevaron a cabo en el pasado. El topónimo burgalés de Castrillo Matajudíos es otra huella de un pasado de violencia.

La “procesión” denominada “El entierro del Genarín”, en la madrugada leonesa de jueves a viernes, constituye la antítesis de las celebraciones litúrgicas. Tiene honda raigambre popular y los cánticos y vítores en recuerdo de Genarín, pellejero que fue atropellado por un camión de limpieza, representan la faz irreligiosa (o antirreligiosa) de un sector de la población. Es curioso que algunos de los asistentes han participado horas antes en algún desfile procesional oficial. ¿Antítesis, o síntesis de las liturgias oficial y popular?

VIERNES SANTO

A mitad de camino entre el Jueves y el Viernes, no sólo porque se lleva a cabo al atardecer del jueves, sino por los elementos que integran esta manifestación popular, en Villavicencio de los Caballeros (Valladolid) se congregan los miembros de la orden tercera franciscana, en una tradición mantenida por espacio de dos siglos y medio. En la iglesia, a medida que se va desgranando un rosario (corona) de siete misterios, denominado “Rosario de la Buena Muerte” se van aproximando desde el fondo hacia el altar los siguientes objetos, que se colocan a la vista de todos: una mesa con un crucifijo; dos calaveras; dos sogas de esparto; dos coronas de espinas; una columna; un taburete con una caña; una cruz que se dispone en posición vertical, más dos cruces pequeñas a los lados, que se sitúan en el presbiterio. El rezo, acompañado con la presencia de estos objetos, constituye un recuerdo vivo de la pasión, iniciada ya en el mismo ocaso del Jueves⁵.

El viernes santo la liturgia oficial señala la celebración de la pasión del Señor, con cuatro partes: las lecturas bíblicas, y en forma destacada la de la pasión; las oraciones solemnes por la iglesia universal; la adoración de Cristo en la cruz, y la comunión. Es una celebración sobria, en la que predomina el sentimiento de silencio y compasión con Cristo sufriente a la vez que agradecimiento por la vida transmitida a los suyos con su sacrificio. El silencio de las campanas, y el recogimiento invitan a una oración silente. En ocasiones, el esplendor que se desplegó en torno al monumento con la reserva eucarística para la celebración del viernes, es motivo de difuminar la austera celebración del viernes, que carece de plegaria eucarística, y mantiene únicamente la comunión, tras la revisión última, posconciliar.

Sin embargo, el día entero es largo, es festivo y son numerosos los actos complementarios o afines a la celebración litúrgica. Así, no es raro que se lleven a cabo viacrucis, procesiones del encuentro de María con su Hijo sufriente, de la soledad de María, del entierro... Las dos primeras que he señalado suelen llevarse a cabo por la mañana; las dos últimas por la tarde después, de la celebración litúrgica. Ésta es ahora vespertina; pero al ser antes matutina, algunos de estos actos conservan el horario tradicional, sin importar demasiado una elemental cronología.

En la celebración litúrgica oficial, la lectura de la pasión, antiguamente realizada por tres clérigos, como

⁴ GAVANTO, v. II, pp. 447-449. Señala que el número de 15 velas es la suma alegórica de los doce apóstoles más las tres Marías. La última vela, llamada “María” representa a la Virgen María, cuya fe sobrepasaba a la de los apóstoles. También simbólico era el ruido que se hacía en la iglesia, interpretado como las tinieblas que envolvieron la tierra, o el estrépito de la cohorte romana. La chiquillería aprovechaba el momento de estrépito para hacer sus “bromas”: clavar al suelo de madera o a los bancos las faldas de las mujeres asistentes.

⁵ En algunas localidades navarras, unos niños que forman parte de la procesión, vestidos con frecuencia de ángeles, portan objetos alusivos a la pasión: clavos, martillos, corona de espinas, lienzo de la Verónica, cuerdas, título de la cruz, lanza, esponja, vestiduras, dados. Es otra forma de hacer patentes detalles de la pasión, sin llegar a una representación de la misma, pero sí evocando motivos particulares.



Tenebrario de bronce, existente en la catedral de Sevilla, fundido en 1559 por Bartolomé Moral

muestra de pasadas escenificaciones, ahora se hace con frecuencia por tres lectores⁶. Tras la lectura y homilía, las oraciones solemnes son la única muestra mantenida de la oración universal, hoy recuperada, por las diversas personas y necesidades. En ellas se incluye una petición por la conversión del pueblo judío, que en el pasado —aunque la liturgia empleara el latín— se expresaba como oración por los “pérfidos judíos”. El cambio es notable. La efigie de Cristo muerto en la cruz es

⁶No están claras las contraseñas que mantienen los libros litúrgicos, que señalan con una cruz “ ” las frases de Jesús; con una “C”, las que se asignan al “cronista”, también denominado como “evangelista” o “cantor”; y con una “S” las que lee el que se dice hacer el

motivo de adoración y agradecimiento, expresado por el beso de los asistentes. Tiene una carga no despreciable de emotividad, al emplear un crucifijo grande, que ordinariamente está alejado del pueblo, el cual en este momento se aproxima a él. En puros términos teológicos, la adoración no se dirige a la imagen, sino al propio Cristo, aunque se utilice la expresión de “adoración de la cruz”. Antes de la revisión litúrgica, el sacerdote, descalzo, hacía por tres veces una genuflexión doble, aproximándose a la cruz, que luego besaba. Esto mismo era realizado por el pueblo. La revisión posconciliar introdujo la comunión de los presentes, para lo que se lleva hasta el altar de forma discreta, la reserva eucarística depositada el jueves en el monumento. Antes de la revisión, sólo comulgaba el sacerdote; en el monumento se depositaba una forma para él, y algunas partículas por si eran necesarias para la comunión por viático.

Es preciso recordar que la adoración respetuosa hacia Cristo muerto por la salvación humana tiene dos réplicas en el calendario. Una, el 14 de septiembre, con la “invención de la cruz”, basada en el dudoso relato del hallazgo de la auténtica cruz de Cristo. La otra, de menor resonancia hoy, es la celebrada el 3 de mayo, antigua fiesta de la invención de la cruz, que expresaba la chiquillería con la cantinela de “La cruz de mayo, San Felipe y Santiago”. La razón de la misma es que en un remoto pasado, el jueves de pascua, se celebraba en Roma la estación (o liturgia papal) en la iglesia dedicada a los apóstoles Felipe y Santiago (“*Ad Apostolos*”), en la que se leía el texto bautismal de *Hechos de los Apóstoles* con el bautismo llevado a cabo por el diácono Felipe.

En numerosos lugares ha habido un empeño (certificado, por supuesto) de poseer un fragmento de la auténtica cruz de Cristo; esto derivó hacia la práctica abusiva de las reliquias, lo que hacía que ciertos templos que poseían esta reliquia en su inventario fueran más apreciados este día en el sentir popular (¿Dónde no hay fragmentos de la cruz, o espinas de la corona?). El viernes santo la relevancia de estas reliquias era indiscutible.

Junto a la versión oficial, el viacrucis es la versión popular que narra la pasión de Cristo. Su compleja historia se remonta a la Edad Media, con los peregrinos que acudían a Jerusalén, y que por simpatía, por compasión, querían revivir sus sufrimientos en los mismos —así se decía— lugares. Las narraciones de estos peregrinos, a su regreso, encendían el ánimo de otros cristianos, ansiosos de un relato que no se ponía en duda por venir de labios de un testigo ocular. Lentamente se articularon una serie de elementos como una devoción a las caídas de Cristo, o a los recorridos efectuados, o a las paradas obligadas; a ello se añadió la devoción a cier-

papel de “sinagoga”, o también “sucentor”, en latín succentor, “el que acompaña el canto de otro”, que lee el resto de las intervenciones. No tiene una explicación lógica, y se entremezclan varias explicaciones, aunque dichas abreviaturas no son muy antiguas.

tos objetos (“la santa faz”, la corona de espinas), y la inclusión de ciertos personajes (Verónica⁷, Longinos⁸,...) y el hecho de portar la cruz por las mismas rúas; tenemos una combinación que, con el tiempo, se articuló de manera definitiva tal como ha llegado a nosotros. Así apareció en España en el XVII, concretamente en 1622, en que se certifica esta práctica que disponía de 14 estaciones o paradas coincidentes con las actuales. La práctica del viacrucis goza de una adhesión popular inmediata porque es entendida (lengua vernácula), porque es captada (al realizarse poco a poco, paso a paso), porque permite la participación activa (con marchas, paradas, cantos), porque se aproxima a su vida (con frecuencia por las mismas calles en que el pueblo vive y trabaja), mientras la lectura oficial del relato de la Pasión era lectura continuada, en latín, oída con pasividad, y distante. La carencia de sentido crítico, al ser el fruto cuajado de numerosas generaciones y autores, así como contar con un elemento emotivo fuerte en la descripción detallada de sufrimientos, hace posible la inclusión de relatos poco seguros (número de caídas, encuentro con María, Verónica y su célebre paño, Longinos convertido, y curado por la sangre que le resbaló a lo largo del asta de su jabalina), nadie los discutía, y la carga tremendista estimuló la sensibilidad que no provocaba de por sí la lectura, trágica, de la pasión evangélica. Aunque no existe hacia el viacrucis un sentido crítico estricto, es devoción que ha gozado de una estimación no discutida, ni puesta en tela de juicio.

De ahí, que es muy frecuente la celebración de un viacrucis matutino, que llena las horas previas a la celebración de la tarde. Otras veces, el deseo de seguir muy de cerca la pasión de Cristo cristaliza en sermones sobre las siete palabras de Cristo, las diversas expresiones que recoge el evangelio; así como también procesiones del encuentro de Cristo, condenado hacia el calvario, con su Madre, escenificando un episodio concreto del viacrucis.

La otra muestra de cercanía y compasión hacia Cristo crucificado aparece en el denominado “Reloj de la Pasión”, que señalaba, hora por hora, los momentos de su tortura y muerte. Tengo noticia de tres expresio-

nes, una en la decoración de antecoro de las Descalzas Reales, de Valladolid, con paneles que contienen breves resúmenes horarios⁹. La segunda muestra la constituye una composición en cuartetos, popular, para ser cantada por el pueblo en procesión¹⁰. La tercera muestra, destinada a ser leída y meditada, es una devoción afín al viacrucis, que expresa por escrito lo acontecido desde las 6 de la tarde del jueves (en el cenáculo) hasta las 5 de la tarde del viernes (sepultura). El viacrucis, colectivo, no impedía la devoción leída y meditada, personal. Tangencial a esta práctica, el “Reloj doloroso de María” es réplica del anterior; narra en 18 momentos o escenas los sufrimientos de María, presente, o sorprendentemente enterada de cuanto sucedía a su Hijo¹¹.

La recitación o canto de las *Rimas sacras*, de Lope de Vega, en su totalidad o sólo en parte (Fuente el Sol, Valladolid) se mantiene en nuestros días; otras modalidad adquiere forma de reto entre dos cuadrillas, para decidir cuál de ellas lo hace mejor (Navaluenga, Ávila). Es otra forma de hacer un recorrido por diversos momentos de la Pasión.

Las procesiones del encuentro de Cristo con su Madre disponían de un ritual, muy extendido, consistente en que quienes portan la imagen de Cristo con la cruz, hacen una reverencia ante la imagen de María. En Medina de Rioseco dispone de nombre propio, la “rodillada”, que se ejecuta junto a la puerta de Ajújar. Es costumbre extendida que los hombres vayan en una comitiva con la imagen de Cristo, y las mujeres en otra con la de la Virgen, cuyos recorridos confluyen en un punto, el “encuentro”, a partir del cual, fundidas, ambas comitivas retornan al templo. La carga emotiva y sentimental del sufrimiento de una madre ante su Hijo que va a la muerte cala hondo en el pueblo, más hondo que la celebración litúrgica; además, este encuentro no es narrado por el evangelio, que se limita a constatar la presencia de María y otras personas junto a la cruz. En Astorga y Ponferrada se mantiene una curiosa tradición de que es san Juan (san “Juanín”) quien acude a avisar a María¹². Una variante, con denominación propia, es la despedida de la Virgen a Jesús.

⁷ Verónica, (en griego Βερνίκη, Bernice, o Berenice) es personaje de los evangelios apócrifos. Es identificada (*Actas de Pilato*, o *Evangelio de Nicodemo*, VII, como la mujer con flujo de sangre curada por Jesús (Mt. 9, 20-21). En *Muerte de Pilato* aparece como una amiga de Jesús que llevaba muy mal sus ausencias y desea le hagan un retrato. En *Venganza del Salvador*, un auténtico melodrama, aparece en posesión de un retrato, del que es despojada y que trata de recuperar a toda costa, entremezclando su curación anterior con el retrato milagroso. Las dos versiones confluyen en un personaje apreciado por el pueblo, pero de muy dudosa veracidad histórica.

⁸ Longinos es también personaje de leyenda, que no el soldado encargado de la ejecución de Jesús (Jn. 19, 34). El apócrifo *Actas de Pilatos*, 16, da el nombre de Longinos a este soldado; más adelante, indica que también vigiló el sepulcro, y que después de la resurrección, fue a escuchar a Jesús, junto con Procla, la mujer de Pilato, y

echó en cara a los discípulos la resistencia que éstos tenían para creer (*Carta de Pilato a Herodes*). El *Poema del mío Cid*, versos 352-356, se hace eco de la leyenda de que Longinos era ciego, pero fue curado al frotarse los ojos con la mano, manchada por la sangre que había goteado por la lanza.

⁹ Burrieza, *Procesión...*, 130.

¹⁰ Rodríguez, 159-160.

¹¹ Salamó-Gelabert, 107 y 124.

¹² En Ponferrada, el pueblo congregado en la Plaza de La Encina es guiado por el predicador, quien señala la presencia de la imagen de Cristo. Poco después hace su aparición por el extremo opuesto de la plaza la imagen de san Juan, que se da la vuelta con celeridad, para ir a buscar a la imagen de María, a la que señala, con el brazo extendido, la presencia de Jesús.



El mudo Neyra.
La función del Desenclavo,
1722. Medina del
Campo. Convento de
Santa M.^a Magdalena
de Agustinas

De la misma forma que he indicado la ceremonia preparatoria de la pasión, en Villavicencio de los Caballeros (Valladolid), con la presencia de los atributos en el templo, a caballo entre el jueves y el viernes, este día, tras la celebración litúrgica tiene lugar el “desenclavamiento”: los miembros de la orden tercera franciscana, situados alrededor de una gran cruz con la imagen articulada de Cristo, van retirando, a medida que lo señala la predicación del sacerdote, el título de la cruz, la corona de espinas, los clavos de las manos, los de los pies, y, al descender la imagen, se la muestran a la de la Virgen de la Soledad, antes de ser introducida en una urna, para, a continuación, llevar a cabo la procesión del santo entierro. Otro “desenclavamiento” en Villalpando (Zamora), similar por la proximidad de las dos localidades, se lleva a cabo los años bisiestos. También se realizan en Cuenca de Campos y Astorga. Y son muchos los testimonios de que la representación fue generalizada, con los nombres de “desclavamiento” o “desenclavo”, pues en muchos

lugares se conservan cristos y dolorosas articulados, con este fin. La Ilustración señaló su final, con prohibición expresa, por lo grotesco que resultaba en ocasiones.

Según costumbres locales, la procesión del santo entierro consta únicamente de la imagen de Cristo yacente; o también ésta acompañada de la imagen de la Dolorosa. En algunos lugares, el Cristo yacente es depositado en otra iglesia o ermita de la localidad, y regresa únicamente al templo la de María, escenificando más al vivo el entierro. Esta doble ubicación permite, asimismo, llevar a cabo la procesión inversa, la del encuentro de María con Cristo resucitado, que regresa del sepulcro.

Otra muestra de la sintonía popular con la pasión ha sido la de las reliquias a que hice alusión. Abundan las espinas de la cruz, los fragmentos de la cruz auténtica (veracruz), el cáliz de la cena (o grial, en Valencia), el mantel del cenáculo (Oviedo). Estas muestras satisfacían la cercanía con lo sagrado, con el sufrimiento redentor. Más proximidad, con sentido penitencial, se

encuentra en la reproducción de algunos hechos de la pasión: penitentes cargados con cruz, con grilletes, los empalados de Valverde de la Vera (Cáceres), los embarrados (atados a una barra de hierro) de Pamplona, los “picaos” de La Rioja, los crucificados en la provincia Pampanga (Filipinas). También la Ilustración procuró eliminar estas manifestaciones de flagelantes y penitentes.

Otro aspecto en las manifestaciones de devoción, son los cantos populares para cada ocasión, o también para varias. Frente a la música gregoriana de la liturgia latina, el pueblo se expresaba con otras formas. Es posible constatar los titulados *Poderoso Jesús Nazareno*, *Acompaña a tu Dios, alma mía*, *Alma que ociosa te sientas*, el *Rosario de la Buena muerte*, el *Arado* (que, desde las piezas del instrumento agrícola, recordaba los episodios de la pasión), la *Narración de la Pasión* (durante más de 200 años, unos de los textos más populares, en quintillas), *cantares romancesados* para el jueves o viernes santos (con el camino del calvario, o las siete palabras de Jesús), la *Despedida de la Virgen a Jesús*. Todos ellos son populares, antiguos y muy difundidos, y algunos son obra de Lope de Vega, José Valdivieso o Juan López de Úbeda. A ellos cabe añadir las letras o letrillas cantadas para la marcha entre estaciones del viacrucis.

Aun hay otra expresión, hoy extinta. Se trata de la devoción de las *Cuarenta horas*. Estaba recogida en el código de derecho canónico de 1917, can. 1275; consistía en la exposición del Santísimo, fuera de la celebración oficial, durante cuarenta horas, o el tiempo que se estimara prudente, pues “este devoto ejercicio se celebra en honor de las cuarenta horas que permaneció el cadáver de nuestro Señor Jesucristo en el sepulcro”¹³.

Hay quien encuentra en algunas efigies de Cristo, representado como varón de dolores, en actitud sufriente y suplicante, que implora misericordia a sus verdugos, el origen, no siempre bien datado, de la costumbre popular de conceder el indulto a un recluso; éste, arropado por los miembros de una cofradía de penitentes, agradece a la imagen de Cristo la liberación anticipada de su condena. Otra versión, también popular, quiere entroncar su origen con la liberación de Barrabás, y la consiguiente condena de Jesús.

Una forma abiertamente contraria a lo religioso era la práctica supersticiosa de observar el estado del aire y las nubes durante la celebración del viernes santo, para deducir de ahí el estado del clima a lo largo del año para la agricultura¹⁴. En otros lugares era el estado del tiempo el miércoles anterior, o el del viento durante la lectura de la pasión del domingo de ramos.

En Olite (Navarra), tenía lugar un sermón, de las

siete palabras, a cada una de las cuales salía al presbiterio una pareja de alabarderos, con un farol que recordaba cada palabra. A medida que el sermón avanzaba, y llegaba exactamente a las tres de la tarde, el predicador clamaba: “¡Murió!”; como por ensalmo, los alabarderos caían estrepitosamente por el suelo, con gran placer del pueblo, que se preocupaba de ver de qué forma habían caído, y se olvidaba de la prédica y su mensaje; fue suprimido en 1964¹⁵.

No se han suprimido, sino incrementado hasta la falta de control las denominadas “turbas”, de Cuenca: consiste en grupos de tambores y clarines, guiados por capataces, que acompañan al Cristo, camino del Calvario, recordando las burlas que pudo sufrir. El elemento festivo, populachero y mal llamado “tradicional”, ha ofuscado la actitud piadosa, degenerando en algarabía popular. Lo que antaño fue intervención pautada de unas familias concretas, se ha convertido en desconcierto generalizado y bullanguero¹⁶.

Una sobria y austera celebración litúrgica, la del viernes santo, se ve complementada con una extensa manifestación de formas paralelas, que complementaban y satisfacían la devoción popular, no siempre cubierta por una liturgia ausente. Hoy, con una liturgia cercana y perceptible, algunas de estas manifestaciones han cedido, en tanto que otras, por su arraigo popular, se mantienen vivas.

SÁBADO SANTO

En la actualidad, es día alitúrgico, sin celebración, a la espera de la vigilia pascual.

La antigua ordenación lo denominaba sábado “de Gloria o de Pascua”, con una celebración matutina de la actual vigilia pascual, prolongada en la tradición local de una merienda familiar o comunitaria. Otras manifestaciones similares, prolongación de la pascua, son las que se llevan a cabo el “lunes de aguas” (posterior a la semana primera de pascua) en Salamanca, Zamora y el suroeste de la provincia de Valladolid.

También en los días de jueves y viernes santo, la expresión popular se ha desviado hacia el juego de las “chapas”. En su origen hay quien ve la referencia a que los soldados se repartieron las ropas de los crucificados y sortearon la túnica del Señor. Se juega en corros en que los jugadores apuestan entre sí para ver si dos monedas caen con dos caras o con dos “lises” (cruces); de no ser así, se repite la jugada. La práctica, tolerada en los años de dictadura, ha derivado en simple juego y apuestas de cantidades considerables de dinero.

¹³ Martimort, 503.

¹⁴ Martí, 76.

¹⁵ Jimeno, 22.

¹⁶ Requena, 89-104.

VIGILIA PASCUAL - DOMINGO DE PASCUA

La revisión de la vigilia pascual ha dado un espléndido resultado en una recuperación de elementos valiosos para la liturgia y la fe cristianas. Su estructura es sencilla: 1) bendición del fuego y del cirio pascual, símbolo de Cristo Resucitado; de él toman su luz todos los presentes en la celebración; sigue el pregón pascual que proclama la resurrección del Señor. 2) Liturgia de la Palabra, con una serie de lecturas que recorren la historia de salvación, culminada en la resurrección, que el evangelio constata. 3) Liturgia bautismal, con admisión y bautizo de los catecúmenos, o con el recuerdo del propio bautismo para los ya bautizados. 4) Liturgia eucarística que anuncia y realiza la muerte y resurrección de Cristo. Es la “celebración de las celebraciones”, o la fiesta cristiana originante. Imbuída de sentido festivo, el *Aleluya* proclama la alegría de la vida nueva en Cristo, difundida a su Iglesia.

La antigua ordenación, trasladada al sábado “de Gloria”, con celebración matutina, desvirtuaba el sentido profundo, al dejar sin perfilar el momento de la resurrección, especialmente la liturgia del fuego. Alguna corruptela reciente retrasa el inicio de la vigilia pascual hasta que niños y jóvenes se han cansado de saltar por encima del fuego, que marca el arranque de la celebración; como si se tratara de otra hoguera de san Juan. En la apreciación popular, las velas utilizadas eran otros tantos talismanes para proteger la vivienda de rayos y tempestades; tenían más valor por esa supuesta función, que por el sentido bautismal de participar de la luz de Cristo, que ilumina las tinieblas de la muerte. Otro tanto sucedía con el agua, recordatorio de la liturgia bautismal. Este sentido estaba claro en los textos de la celebración, si bien no tanto en la mentalidad de los participantes. Es más, incluso el propio misal indicaba, que, de no haber bautismos, se asperjara al pueblo, y se reservara algo de agua para que la pudieran llevar para asperjar las casas y otros lugares. El tono “protector” de las velas y del agua difuminaba el sentido de resurrección participada en el bautismo. Y en ocasiones es una notable cantidad de agua la que se bendecía para atender la demanda. Pero se remarca poco o nada la incidencia bautismal respecto a las personas. El sentido festivo, sin embargo, estaba más marcado porque se volvían a tocar las campanas al gloria de la misa, lo que representaba la recuperación de la normalidad tras el silencio de la pasión. En Villafranca (Navarra), los alabarderos se situaban al comienzo de la celebración junto a la urna que contenía un cristo yacente, y simulaban dormir; poco antes de que empezara el gloria, unos retiraban el yacente y lo trasladaban a la sacristía, y cuando sonaban las campanas despertaban

del fingido sueño, y buscaban inútilmente el cuerpo muerto, en medio de la burla general¹⁷.

Que la celebración del Sábado de Gloria, o del Domingo de Pascua fuera más solemne era también un indicio litúrgico de su especial importancia. Pero lo que llega más directamente al pueblo era la procesión del encuentro, festivo en esta ocasión. Es como la réplica del encuentro doloroso, camino del calvario. Tampoco el relato evangélico señala que Jesús resucitado visitara a su Madre, si bien un difundido convencimiento lo asegura. En consecuencia, parten dos comitivas, de hombres y mujeres con sendas imágenes de Cristo resucitado (o un sucedáneo, si no se dispone de imagen; en ocasiones, el propio Santísimo, bajo palio), y de María, aún enlutada. Los recorridos confluyen en un punto convenido, donde, a la vista de la imagen de María, los portadores de la de Cristo hacen tres reverencias, como saludo, a medida que se aproximan a ella. A la tercera, una breve parada permite quitar a la imagen de María los vestidos enlutados, sobrepuestos a los de color blanco, como expresión de la alegría del encuentro gozoso. A partir de ahí, en una sola comitiva se encaminan de regreso al templo, para proseguir con la eucaristía solemne.

Esta representación, con su teatralidad, aún se refuerza con la espectacular “bajada del ángel” –Peñaflor (Valladolid), Aranda de Duero (Burgos), Tudela (Navarra)–, donde un niño, vestido de ángel, desciende de lo alto con una tirolina que le permite “volar” hasta la imagen de María, a la que despoja del velo de luto que la cubría hasta ese momento. Suprimida hace unos años por los riesgos inherentes, se ha recuperado por motivos turístico-religiosos.

Otra manifestación popular, con variantes locales, era la veneración de la “Santa Faz”, o del “Sudario” de Cristo. La consideración generalizada, y no precisa, confunde y mezcla dos paños diversos, al menos en teoría (otra cosa es la veracidad histórica de cada uno): el paño de Verónica, con el rostro impreso, y la sábana que envolvió el cadáver de Jesús, o el paño que cubrió su cabeza, el único del que dan noticia los evangelios (Jn. 20, 7). Los lugares que poseen o creen poseer una réplica –siempre auténtica, sin duda– organizan algún tipo de festejo o romería que atrae a no pocos visitantes para ver los “despojos” de la pasión. En Valladolid, el desaparecido convento de las Lauras descollaba respecto de otros por poseer una réplica de la sábana de Turín; en Alicante es la “Santa Faz” la que se exhibe en las inmediaciones de la ciudad. Eran como las huellas de una muerte vergonzante que la resurrección venía a desplazar con su fuerza triunfal. Sin embargo, el evangelio no pone acento especial en aquellos trapos, y menos aún que tuvieran efigie alguna impresa. La expresión popu-

¹⁷Jimeno, 28.

lar iba siempre más allá, recabando rastros visibles, palpables, con los que poder percibir lo sagrado de forma directa e inmediata.

En el caso de Valladolid, el aprecio al supuesto “sudario” daba ocasión para una pequeña feria infantil con golosinas y chucherías, que no expresaba alegría por la Resurrección del Señor, y que se ubicaba en las inmediaciones del convento poseedor de la imagen.

En Cataluña la tradición manda regalar, sobre todo a los niños, un huevo de chocolate para festejar la pascua, la “mona”. Los intereses comerciales han desorbitado la costumbre.

A diferencia de la manifestación festiva del domingo de Ramos, reforzado con la primavera recién estrenada, el domingo de Pascua, igualmente festivo, y en consideración litúrgica y teológica, la principal de las solemnidades, no gozaba de la misma importancia en la mentalidad popular. El mismo hecho de que el refrán al que aludí incluyera entre los días más importantes del año al jueves santo, pero no al domingo de Pascua es todo un indicio del sentir popular. En expresión de Martín Descalzo, el cristianismo se había centrado mucho más en la pasión con abundante cantidad de representaciones e imágenes que en la resurrección. No resulta complicado darle la razón recorriendo los templos y contabilizando las imágenes en uno y otro sentido. Hasta la misma consideración de las rúbricas señala que, en la celebración eucarística, debe estar en lugar destacado un crucifijo; pero nada dice que pueda haber una imagen de Cristo resucitado. La valoración resulta por lo menos curiosa y sugiere una reflexión imaginativa: ¿Por qué así, y no de otra manera? Sin embargo, la práctica inclina la balanza en una dirección, y el arte cristiano ha reservado con mucha frecuencia la imagen del Resucitado para la puerta del sagrario, más pequeña y menos visible para el pueblo que otras tallas o pinturas.

Difícil de situar en un momento preciso, pero casi siempre hacia el final de la semana santa, existe otra costumbre que tenía un sentido religioso último, aunque se haya transformado en una manifestación festiva: la “quema de Judas”, un pelele burlesco que es dado a las llamas como rechazo de la traición que llevó a cabo, especialmente después de las celebraciones religiosas que ponen al vivo los sufrimientos de Jesús. Una variante consiste en disparar un par de tiros a la figura, para “matarla” (Villardefrades, Valladolid), después del encuentro. De España —Cabezuela del Valle (Cáceres), Jubrique (Málaga), Pedro Abad (Córdoba)— la tradición ha saltado a México, Venezuela, Paraguay o Uruguay.

He dejado para el final un apartado que podría haberse ubicado en cualquier otro momento. Se trata de las representaciones de la Pasión. Con ellas me refiero no a la simple lectura litúrgica, o a la evocación imaginaria, o por escenas dibujadas en el caso del viacrucis, sino a la representación teatral escenificada, con actores —profesionales o no—. Son reflejo de los autos teatrales que



Cristo Resucitado.
Parroquia de Santa Rita.
Zaragoza

aproximaban la lectura distante de la pasión (en latín) al pueblo que desconocía dicha lengua. Los actores se repartían los papeles e intervenciones, que primero fueron fieles al relato evangélico, pero que progresivamente se fueron distanciando de él. Sus límites cronológicos suelen ir desde la oración del huerto hasta la sepultura, y como el relato reclama diversos escenarios, es frecuente que hayan salido del templo, espacio limitado, para buscar otros en la localidad. No siempre se mueven entre estos límites, y en ocasiones incluye menos escenas. La reciente demanda y atracción turística ha hecho que intervengan más y más actores para enriquecer la representación, llevada a cabo en un espacio amplio, en que se sitúa el público asistente. Los actores suelen ser los habitantes del pueblo, que de esta forma cumplen con una tradición, a la vez que incrementan los ingresos con motivo del turismo que llega a contemplar el espectáculo. Es imposible citar todas las localidades que han conservado estas muestras, o se interesan por llevarlas a cabo: la de Olesa de Montserrat data del siglo XVI; otras son las de Moncada (Valencia), Cervera (Lérida),

Callosa de Segura (Valencia), Elche y Crevillente (Alicante), Oliva de la Frontera (Badajoz)... El sentido religioso puede ser vivido por los actores, o algunos de ellos, mientras que los visitantes acuden a un espectáculo que tiene una puesta en escena limitada.

La procesión del Entierro, de Bercianos de Aliste (Zamora) no tiene carácter de representación, sino de expresión popular sentida hondamente por los participantes, interesados en mantenerla. Si la destaco entre las representaciones es porque, lamentablemente, para muchos visitantes no pasa de ser un espectáculo original y un tanto macabro. La imagen de Cristo es llevada por los hombres del pueblo, vestidos con la mortaja blanca (zapatos, calcetines, hábito y caperuza) que envolverá sus cuerpos el día de su propia muerte. Momento de reflexión para unos; momento de distracción pintoresca para otros: paradojas de una misma celebración contemplada desde dos ángulos opuestos. En esta ocasión no son los de la liturgia oficial y popular, sino el de la liturgia popular vivida, y la liturgia popular vista desde la distancia.

BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO PONGA, José Luis y SÁNCHEZ DEL BARRIO, Antonio. *La campana*. Urueña: Fundación Joaquín Díaz, 1997.
- ALONSO PONGA, José Luis; ASENSIO MARTÍNEZ, Virginia; DUQUE HERRERO, Carlos y PÉREZ DE CASTRO, Ramón. *La Semana Santa en la Tierra de Campos vallisoletana*. Valladolid: Grupo Página, 2003.
- AMEZCUA, Manuel. *Representaciones de la Pasión*. Madrid: PPC, 1998.
- BURRIEZA SÁNCHEZ, Javier. *La procesión permanente de Pasión*. Valladolid: El Día de Valladolid, 2005.
- *Varón de Dolores*. Valladolid: Ayuntamiento de Valladolid, 2005.
- CASTELLOT, Joaquín. *Historia de las fiestas de la Iglesia y el fin con que han sido establecidas*. Madrid: Pantaleón Aznar, 1788.
- DOMÍNGUEZ MORENO, José María. “La función del descendimiento en la diócesis de Coria-Cáceres”. En *Revista de Folklore*, 7. Número 77, 1987, pp.147-153.
- GAVANTO, Bartolomé. *Thesaurus sacrorum rituum*. Romae: Typis Vaticanis, 1736, 3 v.
- JIMENO JURÍO, José María. *Folklore de Semana Santa*. Pamplona: Diputación Foral, 1984.
- MARTÍ, Hermenter. *Catecismo de las fiestas*. Barcelona: Dorca, 1818.
- MARTIMORT, A. G. *La Iglesia en oración. Introducción a la liturgia*. Barcelona: Herder, 1964.
- PICARD, Michel Jean. “Croix, Chemin de”. En *Dictionnaire de Spiritualité*. Coords. M. VILLIER y F. CAVALLERA. París: Beauchesne, 1953, t. II, second partie, pp. 2576-2606.
- REQUENA CARRILLO, Antonio; LUCAS ALEDÓN, José Luis y MOYA PINEDO, Jesús. *Las Turbas. Aproximación a un estudio*. Cuenca: 1980.
- RODRÍGUEZ, Francisco. *La Semana Santa de los pueblos, I, Castilla y León*. Zamora: Semuret, 2004.
- SALAMÓ, Simón y GELABERT, Melchor. *Regla de vida útil a los pobres y pueblo menos instruido, muy saludable a los ricos y a las personas doctas*. Valladolid: Cuesta, 1854.
- SANTOS, Aurelio de. *Los evangelios apócrifos*. Madrid: BAC, 1956.
- TALAVERA, Hernando. *Breve doctrina y enseñanza que ha de saber y poner en obra todo cristiano y cristiana*. En *La Breve Doctrina de Hernando de Talavera*. Ed. Luis Resines. Granada: Arzobispado de Granada, 1993.